

LAS CUATRO LUNAS

Sabía que había llegado el momento. Era más que un presentimiento; por eso no lo demoró más tiempo. Preparó la cámara y empezó a grabar; ahora que es la tarde o ahora que llueve –se decía mientras guardaba en aquel artilugio las imágenes que años tras años había ido reteniendo en sus retinas. Al día siguiente grabó la marea baja por la mañana y el fuerte oleaje por la tarde. A la noche era mar en lecho; la luna lo iluminaba todo y también quedó grabado. Así anduvo Miguel durante una semana, y otra y al cumplirse exactamente las cuatro lunas empaquetó su vida y junto con todos sus recuerdos la metió en una maleta. Era la despedida. Ya no estaría más por allí. Dejaría esos lugares para ir a otro lugar; a escribir, a refugiarse en sus recuerdos, sacarlos de la maleta y dejárselos llevar al viento. Quizás a oler el mar desde la montaña.

Y se fue a la casa que en Suiza dejó cuando era un niño. Las flores y la montaña lo inundaban todo. Llegó y se instaló y se emocionó. Primero no quiso contacto; no quería ni ver ni oír; ni hablar. Sólo estar. Más tarde bajó al pueblo donde pudo además de estar ser aquel que vuelve después de muchos años. Se quedó pasmado al ver cómo había cambiado su amiga, Frida, la que iba con él a la escuela; la que siempre quiso conocer el mar y aún seguía sin conocerlo.

Frida, al igual que él, disfrutaba con las palabras; siempre hacía las mejores redacciones. No se sorprendió al verla convertida en escritora. El encuentro no tuvo nada de especial. Simplemente se fundieron en un largo y profundo abrazo. Y salieron a pasear. “Ves como tenía razón, Miguel” –le dijo Frida– “Ir a conocer el mar sería bueno para mí. Ahora necesito saber cómo es de verdad; cómo es por dentro, cómo huele. Debería sentirlo para poder escribirlo” y Miguel le susurró al oído como

hiciera una caracola. “Así hace el mar!” Y a Frida le recorrió un escalofrío por todo el cuerpo. “Te enseñaré cómo se mueve el mar” –le dijo. “Lo tengo bien aprendido: viene, sube, baja, se mece y siempre llega, siempre. Acaba “.

Y llegaron, despacio, a la casa de Frida. El mar les rondaba; a uno que ya lo había curtido y a ella que lo había soñado, imaginado pero nunca lo había compartido. Empaquetado, junto a la vida y recuerdos de Miguel, el mar quería salir de la maleta y Miguel quería sentirlo al lado de Frida, respirarlo. Quería marearse, entregarse.

Sentados uno al lado del otro y cogidos de la mano observaron la pantalla. Cómo el mar venía, subía, bajaba, se mecía y acababa. Acababa. Parecía que entraba mucha brisa por la ventana y Frida se levantó a cerrarla. Al volver junto a Miguel vio que se había dormido; se había ido y venido y, como a veces el mar, ahora estaba en calma.

Elisabet Yécora

Mayo 2009